

observado en él igualmente un progreso triple : progreso en el estado territorial, progreso en el estado numérico, progreso en el estado moral. Jesucristo ha vencido pues el tiempo, ha vencido el grande enemigo, y al verle en lo alto de los siglos, en la serenidad de su imperturbable juventud, me acuerdo de estas palabras que decía S. Pablo en otro sentido : « Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya (1). » Un día bajó al sepulcro ; pero la humanidad para quien había muerto se bajó hacia él, y levantándole con un amor que jamás ha podido extinguirse, le tiene en sus dos manos resucitado. Mirad, señores, mirad, mirad bien : está vivo. Mirad aún ; no muere ya ; es joven, es rey, es Dios.

Vivió como Dios, ha sobrevivido como Dios ; mañana os probaré que se preexistió como Dios. De suerte que no faltará nada en este triple acto de la vida, vivir, sobrevivirse, preexistirse, que no se halle en él marcado con el sello de la divinidad, y que no me obligue á proclamar con la soberanía de la certidumbre esta otra sentencia de San Pablo : « Cristo era ayer, es hoy, es el mismo en los siglos de los siglos (2). »

(1) Epistola á los Romanos, cap. 6, vers. 9. — (2) Epistola á los Hebreos, cap. 13, vers. 8.

SERMON CUADRAGÉSIMO PRIMERO.

De la preexistencia de Jesucristo.

Vivir y sobrevivir, no es aún toda la vida ; el tercer acto de la vida, que es el primero en el orden del tiempo, es de preexistir. Todo ser, excepto Dios, preexiste en su germen, y el hombre señaladamente preexiste en sus abuelos. Nadie viene al mundo sin que haya sido preparado su reino de antemano ; y cuanto mas importante es el destino que la Providencia le reserva, mas importante es tambien la accion preparadora de sus antepasados. Jesucristo, como hombre, debía pues preexistir del modo que los hombres preexisten ; y como superior á todos ellos, por su destino, debía preexistir de un modo emiuente, propio de él solo. Por eso observo desde luego, que él solo, entre todos los grandes hombres, posee una genealogía auténtica que asciende de él hasta el padre del género humano, y por consiguiente que es sin la menor duda el primer noble y caballero del mundo. Poco vale esto, es verdad, y por tanto su preexistencia no debía limitarse aquí.

Ya he dicho que los abuelos aguardan relacion con la posteridad. Quien no tenga abuelos no tendrá posteridad, y esto os explica la fragilidad de las doctrinas que veis aparecer y desaparecer incesantemente. Comienzan en el hombre que las profesa, y comenzando en él mueren con él. En cuanto un hombre, sin antecedentes en su palabra, un hombre, el último que viene al mundo, se atreve á llevar á la humanidad doctrinas que él llama nuevas, esta sola palabra es la profecía de su impotencia y el anuncio de su condenacion. Porque si las doctrinas cuyo honor se atribuye tuviesen importancia, le hubieran preexistido inevitablemente, y solo sería, á lo mas, su renovador ; decir que una cosa importante comienza en sí, es tomar la nada por principio, por horizonte y por fin.

Pero si los abuelos son proporeionados á la posteridad, síguese de aquí que Jesucristo debió preexistir en sus antepasados con incomparable grandeza. Y para determinar algo en este punto diremos, que puesto que Jesucristo tuvo por posteridad la obra social y reli-

giosa mas considerable de los tiempos posteriores á él, debió tener por antepasados la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores. Y siendo la Iglesia católica el fruto de su venida, debe descubrirse antes de su venida algo que prepare dignamente la Iglesia católica, y que encierre á Jesucristo entre un tiempo pasado y un futuro, no sin duda iguales uno á otro, pero equilibrados de tal suerte, que lo que fué antes que él, no tenga igual en el mundo, así como lo que fué despues no tiene cosa que lo iguale. El pueblo judío, señores, llenó estas condiciones. Fué la obra social y religiosa mas considerable de los tiempos anteriores á Jesucristo, como la Iglesia católica es la obra social y religiosa de los tiempos nuevos; y así como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa su vida, así fué el alma del pueblo judío en el cual preexistió. Debo demostraros estas dos proposiciones, y acabar así de reunir en la cabeza de Cristo todos los rayos promulgadores de su divinidad.

Fácil me será probar que el pueblo judío es la obra social y religiosa mas grande de la antigüedad. Comencemos por su superioridad bajo el aspecto social. La legislacion es el primer elemento de la vida de un pueblo, y en la legislacion, el primer punto que debe considerarse es la constitucion misma de la ley. Ahora bien, la ley hebráica tiene dos caracteres que la son peculiares, y la ponen fuera de toda comparacion: la universalidad y la inmutabilidad. Tiene por base algo de universal, á saber, las relaciones generales del hombre con Dios y con la humanidad. Las tablas del Sinaí, que son su prólogo y su página fundamental, subsisten aun hoy dia como la expresion mas memorable de todos los grandes deberes; y la Iglesia católica, aun despues de promulgar el Evangelio, nada ha podido sustituir al Decálogo que haya juzgado digno de hacerlo olvidar. Estos diez decretos son la base de la moral hebráica. En segundo lugar, la ley judía, aunque encerraba todo el orden político, civil, criminal, comercial, judicial y aun ceremonial, cosas esencialmente variables por su naturaleza, se halla dotada de una inmutabilidad de que no existe ejemplo en legislacion alguna. El poder legislativo de los hebreos comenzó y acabó en Moisés.

Mientras que toda sociedad humana tiene en su seno un poder legislativo permanente que cercena, añade, corrige segun los tiempos y necesidades, y un poder legislativo extraordinario que se extiende hasta reformar la misma constitucion alterada por la revolucion de las costumbres, el pueblo judío despues de Moisés, se ha

contentado respecto de su ley, con una simple facultad reglamentaria. La mano que habia grabado las tablas del Sinaí y escrito la vasta legislacion comprendida en el Pentatéuco, tuvo bastante fuerza para sentar por siempre á todo un pueblo, cualquiera que fuese el tiempo de su posible duracion; y tres mil años pasados sobre su obra, no le han dado una sola vez el mas ligero mentís. Nosotros, señores, podemos mejor que nadie apreciar despues de los cincuenta últimos años de nuestra historia, el genio sobrehumano de semejante fundacion.

Despues de la constitucion de la ley, lo mas importante de una legislacion es la constitucion de la autoridad; porque la autoridad es la custodia viviente del texto muerto de la ley. Ahora bien, ¿cuál era entre los hebreos la constitucion de la autoridad? Se ha dicho muchas veces, si no me engaño, que era teocrática; pero esto es un error. Desde los primeros tiempos, Moisés y Aaron se reparten el poder: aquel es gefe militar y civil; éste gefe religioso; y esta distribucion entre el orden temporal y espiritual, trazada profundamente por el doble recuerdo del legislador y del pontífice, se perpetúa al través de toda la historia del pueblo judío, á pesar de la reunion accidental de toda la autoridad en una misma mano. Si se confunden en Samuel el pontificado y la suprema judicatura, se desunen en tiempo de David y de los Reyes; si se vuelven á encontrar reunidos despues de la cautividad, vuelven á desunirse antes de Jesucristo. La sociedad hebráica, así como la sociedad católica, se halla fundada en la distincion del poder espiritual y el poder temporal; distincion sin la que no puede conservar un pueblo en su seno ni la verdad ni la libertad.

La verdad, porque siendo de un orden superior, no puede subsistir bajo un cetro trasmitido de un modo puramente humano; la libertad, porque concentrándose todas las fuerzas sociales y regulares bajo el cetro de un solo pensamiento y de una sola accion, es imposible á quien quiera que sea defender su doble personalidad contra la omnipotente personalidad del Estado. El pueblo, abrumado bajo el peso de una espantosa unidad, se agita sin duda como el gigante bajo el peso del Etna; pero no hallándose reunida su fuerza en una organizacion estable y reconocida, sus movimientos no serán mas que vanas sacudidas, ó si llega á trastornar el orden que le aplana, su misma victoria le costará aun su libertad, porque destruir el orden es tambien destruir la libertad. Por la distincion del poder en dos ramas que no son ene-

migas, que ni aun son rivales, tan diversas son sus atribuciones, el pensamiento obtiene un apoyo pacífico contra la fuerza; el derecho contra la opresión; y la sociedad, viendo no obstante sus vicisitudes, une sin violencia, desempeña regularmente su destino del tiempo y su destino de la eternidad.

No obstante, este orden admirable solo ha podido establecerse en el pueblo judío y en los pueblos totalmente cristianos, es decir, católicos. En los demás el Estado ha absorbido siempre toda la naturaleza humana en su unidad devoradora. Y no hay que admirarse, señores: siendo el poder espiritual por su misma esencia un poder desarmado, Dios solo es capaz de comunicarle la fuerza interior que necesita para resistir pacíficamente al poder temporal. Donde no está Dios, la intriga, la bajeza y el miedo subordinan bien pronto el espíritu á la materia; y el orden espiritual, si es que aun existe, no es mas que un vil fantasma al que deja el Estado una caña por cetro, el desprecio por guardia, y algunos dineros por salario. Así el pueblo judío en cuanto poseyó lo mismo que las naciones católicas la prerrogativa de un verdadero poder espiritual, se halló marcado con un carácter de preeminencia que no puede disputarnos ningun otro pueblo en los tiempos que precedieron á Jesucristo.

La constitucion de la familia no era en él menos notable que la constitucion de la ley y de la autoridad. Las personas cuya union compone la familia, y que podrian llamarse personas domésticas, á saber, el padre, la madre, el hijo y el criado, estaban allí en relaciones llenas de orden y de equidad. Es verdad que Moisés no habia sustituido formalmente la unidad del lazo conyugal á la poligamia de los orientales; pero habia insinuado su práctica, estableciendo la facultad del repudio en ciertos casos, prohibiendo á los reyes futuros de Israel tener muchas mujeres, á la manera de los príncipes de Oriente, y no suponiendo mas que una vez en toda su legislacion que pudiera tener dos mujeres un hombre. Así, dejando aparte algunos ejemplos que se observan en la série de la Escritura, aparécenos la familia hebráica, bajo este respecto, en un estado análogo al de la familia cristiana. En ella prevaleció por las costumbres la unidad del matrimonio. La autoridad del padre sobre el hijo era grande, sin llegar hasta ese derecho de vida y muerte que hacia con sobrada frecuencia de la paternidad antigua un oficio de verdugo. El sirviente pertenecia á la familia por convenio voluntario; ningun hebreo podia ser esclavo de un hebreo, y ni aun se permitia por la ley obligarse á un servicio perpetuo, sino despues de una prueba de

siete años. Solamente el extranjero sufría la esclavitud propiamente dicha, por un derecho de represalia, y aun esta esclavitud, circunscrita en ciertos límites, estaba lejos de llevar consigo ese desprecio y ese abuso del hombre, que observamos en los pueblos anteriores á Jesucristo. Todas las familias judías se hallaban distribuidas en doce tribus correspondientes á los doce patriarcas, hijos de Jacob, las cuales formaban de la nacion doce grandes familias, unidas en la caridad de una misma sangre, tanto mas fuerte, cuanto que fluía del mismo padre por doce manantiales perfectamente conocidos. Nada hay en la antigüedad que sea comparable con esta constitucion de la familia hebráica.

Lo mismo sucede respecto de las bases en que se apoyaba el sistema de la propiedad. No podian enagenarse casas ni tierras mas que por tiempo de cuarenta y nueve años, pasados los cuales volvian al antiguo poseedor ó á sus herederos. Esta singular disposicion tenia por objeto evitar la ruína de las familias y la de la excesiva desigualdad de las fortunas, sin impedir, no obstante, el movimiento necesario del comercio y de la industria. El hombre rico compraba al hombre desgraciado ó culpable el todo ó parte de su patrimonio, y gozaba de él por espacio de cuatro siglos; pero el hijo ó nieto del propietario despojado conservaba en su corazon la esperanza de sentarse bajo el techo y el árbol de sus abuelos. Por otra disposicion no menos notable, no debian sembrarse las tierras mas que seis años de siete; descansaban el septimo año, y todos los frutos que daban naturalmente en un país cargado de viñas y de olivos pertenecian á los pobres como parte suya en el patrimonio comun de Israel.

Tal era en las cosas mas fundamentales, esa famosa legislacion de Moisés cuyo invulnerable bronce han respetado los siglos, y que ha colocado á este grande hombre á la cabeza de cuantos han tenido el grande honor de dar leyes á las naciones.

Pero la legislacion no es mas que el primer elemento de la vida de un pueblo; el arte es el segundo: la legislacion clasifica á un pueblo en el orden de los actos; el arte determina su puesto en el orden de las ideas y de su expresion. Quanto mas grande es el pensamiento, mayor es el monumento que exteriormente se edifica, y que le hace subsistir aun despues que ha perecido en la inteligencia que lo concibió. Ahora bien, el monumento del pensamiento hebráico es un libro que forma parte del libro por excelencia, un libro que sirve de prefacio al Evangelio, y que en

esta vecindad ó proximidad ilustre se hace respetar, como el pedestal acabado de una estatua sin tacha. La Biblia hebráica, considerada como historia, precede á todas las historias por la antigüedad, el enlace y la autenticidad de la suya; ella asciende á la cima del género humano y coloca la primera piedra de todo el edificio de lo pasado. Considerada como recopilacion jurídica, no tiene igual en ninguna de las colecciones que contienen las leyes de los grandes cuerpos de pueblos. Como filosofía moral, opone sus libros sapienciales á todas las máximas de los sabios mas famosos, y se siente en ella una presencia de Dios, que eleva al alma sobre el alcance natural de la razon. Como poesia, tiene los cánticos de David y de los profetas, repetidos despues de dos ó tres mil años por todos los ecos del mundo cristiano, y creadores de una lengua que se ha infiltrado en todas las lenguas humanas para alabar y bendecir á Dios. Los demás pueblos han tenido historiadores, juriconsultos, sabios, poetas, pero que son de sí solos, y forman como una gloria privada; el pueblo judío ha tenido el historiador, el sabio, el juriconsulto, el poeta de la humanidad.

Hasta su mismo territorio respondia tambien á este gran lugar que le vemos ocupar. Habia recibido, para sostener y alimentar su cuerpo, una tierra tan ilustre como su legislacion y su arte. Si echais una mirada sobre un mapamundi, advertireis en él sin dificultad, un punto que es como el centro de Asia, del Africa y de Europa; que bañado por las aguas del Mediterráneo, toca por ellas á esos climas fuertes y templados, donde se agita en la plenitud de la actividad humana la raza enérgica de Jafet, mientras por otro lado, el rio Eufrates y el golfo del mar Rojo abren á sus habitantes las rutas del Océano Indico, y le permiten buscar, bajo las zonas ecuatoriales, esas riquezas fabulosas donde se aprovisionó Salomon, que quiso ver Alejandro, que los romanos ambicionaban, que descubrió de nuevo la edad media, y que el gobierno británico guarda al presente con tan exquisito celo. Y aun próximos á este punto favorecido de la tierra, entreveréis á Memfis, al Nilo, á las Pirámides, y desiertos sublimes, rebeldes hasta ahora á la curiosidad mas atrevida, para que esas riberas que tenian puertas abiertas sobre todo, tuvieran igualmente puertas cerradas á todos. Allí han aparecido todos los conquistadores, como en una cita inevitable indicada por la naturaleza y por Dios. Las monarquías primitivas de Asur y de la Caldea enviaron allí de continuo sus generales. Alejandro fué allí detenido delante de Tiro, y fué á leer á Jerusalem la historia de sus

trunfos, escritos de antemano, como los de Ciro; sus sucesores se disputaron encarnizadamente este resto de su corona; los romanos tomaron posesion de ella; la edad media envió allá todos sus caballeros por espacio de doscientos años; Napoleon hizo brillar allí sobre la arena un relámpago de su espada; en fin, ahora mismo, los últimos cañonazos tirados por Europa han dispersado los viejos ecos de esta tierra fástica, y el dedo escrutador de los que observan el porvenir la ha designado como el campo futuro de los combates reservados á nuestros nietos. Habeis nombrado la Siria, señores, y con ella el territorio que se dió al pueblo judío como el complemento temporal de las gracias magnificas que habia recibido en el orden del espíritu.

Sin embargo, señores, no se conoce todavía á un pueblo cuando se conoce su territorio, su arte y su legislacion; es necesario además conocer su historia. La historia de un pueblo es la serie de actos realizados por él para conservar sus leyes, sus pensamientos, sus costumbres, su suelo todo lo que constituye en fin su vida propia y su civilizacion. Cuanto mas espléndidamente ha sido dotado, mayor cuenta debe á Dios y á los hombres del cielo que muestre en la defensa de los dones que no son solamente su patrimonio personal, sino que forman una parte de la dotacion general de la humanidad, y que entran en los planes por donde conduce la Providencia todas las cosas á su fin. Y segun que un pueblo desempeña bien ó mal este gran cargo, señala en la historia el grado de su ignorancia ó el grado de su ilustracion. Así, señores, ¿qué es lo que constituye la dignidad de nuestra historia para nosotros los franceses? Que habiendo recibido de Dios un territorio, que es el corazon de Europa, le hemos guardado fielmente, desde hace mil cuatrocientos años, no permitiendo á nadie poner el pié entre los Alpes y los Pirineos; es que habiendo recibido, entre todas las naciones bárbaras, las primicias de la fe católica, hemos conservado su depósito hasta el fin, no dejando corromper por la herejía, ni arruinar por la duda, el reino primogénito de la cristiandad; es en fin, que habiendo recibido la monarquía mas antigua y la mas libre de Europa, hemos conservado en ella un equilibrio feliz, aunque agitado con frecuencia, el doble espíritu de la autoridad y de la libertad, incapaces igualmente de soportar la anarquía ó el poder absoluto. En una palabra, hemos conservado al cuerpo de Europa una tierra de fe, de orden y de libertad.

El pueblo judío tenia mayores deberes aun, y una posicion mas peligrosa. Débil en número, y situado en un rincon de tierra que

tentaba por su posición á todos los imperios vecinos, debía proteger contra ellos, junto con su independencia, las leyes y tradiciones á que estaban ligados los destinos de todo el universo. Ningun pueblo, encargado de un depósito mas precioso y con condiciones mas favorables, ha mostrado en defenderlo tan notable y perseverante magnanimidad. Fuera una ceguera no verlo, y una ingratitud no decirlo. Ninive, Babilonia, Memfis, se conjuraron alternativamente, y algunas veces juntas, en la pérdida de aquel puñado de israelitas; ejércitos innumerables, acaudillados por reyes poderosos, invadieron su territorio y pusieron sitio á su capital; victoriosos muchas veces, pagando con frecuencia su gloria á costa de los mas sangrientos reveses. Diez de sus tribus, llevadas en cautiverio, desaparecieron de la historia; las otras siguieron mas tarde ese mismo camino del destierro, de donde no vuelven las naciones. Pero setenta años de infortunios lejos de su patria, no rindieron el corazón de los cautivos, los cuales, á favor de la ciencia y la belleza, penetraron en el palacio de los reyes y gobernaron á sus vencedores. Ciro los liberta; Alejandro los visita, y cuando una persecucion nueva y mas terrible lleva desde lo interior del Asia á su templo la desolacion de la impiedad, suscitan de en medio de ellos, para salvar á la patria y la religion, esa raza de Macabeos, cuyo nombre ha llegado á ser para algunos pueblos oprimidos por otros mas fuertes que ellos, el nombre mismo del valor y del derecho. ¡ Y este heroico espectáculo, señores, duró mil quinientos años! Mil quinientos años seguidos se sostuvo Israel contra los grandes imperios del mundo; y cuando Roma al fin lo venció y subyugó todo, cuando callaba la tierra en su presencia hacia mas de un siglo, Israel le disputaba aun en los valles y las montañas de la India los restos de su libertad. Fué preciso que enviara Roma sus legiones y capitanes contra tan memorable obstinacion, y Jerusalem, sitiada otra vez, lanzó hasta el cielo, en una defensa implacable, el último grito generoso que debian oír los romanos.

¿Estaba ya esto terminado, señores? Ese pueblo, sin territorio ya y sin príncipe, no iba á morir oscuramente en la vasta superficie donde le habia dispersado la voluntad temerosa aun de sus vencedores. En efecto, para cualquier otro hubiera llegado entonces la hora de la muerte. Pero se acordó de los días de su cautividad, cuando suspendia su arpa de los sauces de Babilonia para no cantar á los extranjeros los cánticos de Sion; y así como habia llevado entonces consigo sus leyes y tradiciones para que le fueran un eter-

no principio de vida, se las llevó de nuevo por toda la tierra. Pidió su subsistencia al trabajo, su dignidad á la memoria de sus antepasados, su consuelo al Dios que le habia sacado de Egipto por Moisés, de la Caldea por Ciro, y que podia de la noche á la mañana volverle á aquella Jerusalem, levantada ya de sus cenizas, y objeto ya de los combates de toda la cristiandad. Vive ese pueblo á quien su fundador llamaba un pueblo duro, y que en efecto, ha opuesto á la desgracia una alma de granito; vive todavía, y vive en todas partes. Desheredado de su patria, ha buscado en el comercio esa riqueza mueble que se oculta mas pronto que se muestra la persecucion; y nosotros vemos á los reyes, tributarios de su actividad, recurrir sin empacho para la realizacion de sus designios y el engrandecimiento de su gloria, al bolsillo venerado de algun hebreo. Lo repito, señores; Israel vive, vive há ya diez y ocho siglos sin gefe, sin templo, sin territorio, perseguido con frecuencia, pero teniendo consigo, como en Jerusalem, sus antiguos é inalterables pensamientos, teniendo mas que entonces esta gloria única de sustituir por una fuerza interior, que nada sostiene exteriormente, y que se alimenta en el altar misterioso de un pasado sobrehumano. ¿No veis cómo os desafia? ¿Que él solo entre las naciones cuenta cuatro mil años de duracion? ¿Que nada presagia el fin de tan grande escándalo contra la naturaleza de las cosas? Cavad su tumba, si podeis; selladla con vuestro mejor cimiento; poned guardas á su alrededor, que él se reirá de vuestros esfuerzos y se levantará probándoos otra vez mas, que vive de un espíritu que vosotros no teneis, y que la materia no puede nada contra el espíritu.

Tengo, pues, derecho para decir, señores, que el pueblo judío es bajo el aspecto social, el monumento mas considerable de los tiempos anteriores á Cristo. No lo es menos bajo el aspecto religioso, y aquí me bastarán brevísimas observaciones. Porque, mirad, mientras se hallaban los pueblos sepultados en las sombras de la idolatría, griegos, romanos, asirios, egipcios, aquel pequeño pueblo adoraba á un solo Dios, y la antigüedad hablaba con asombro del templo vacío de Jerusalem, queriendo significar que Dios no estaba representado allí por ninguna imagen capaz de hacer impresion en los sentidos. No porque esta representacion sea un mal en sí cuando no ofende en manera alguna al verdadero carácter de la Divinidad; pero los hebreos tenian tal horror á los ídolos, que habian querido mas, segun la orden de su legislador, dejar á su Dios en su templo en su total invisibilidad, que exponer su fe al encanto seductor de

algun simulacro. Porque la idolatría no les asediaba solo exteriormente, sino que se apoderaba del corazón, y por eso sucumbieron á ella con frecuencia. Mas á pesar de estas dos tentaciones, al fin volvian siempre á aquel Dios de sus padres, que solo ellos adoraban.

Los judíos tenían de Dios, por el dogma de la creación, una idea que les separaba también totalmente de los ídólatras. Estos no comprendían de ningún modo la existencia del universo, ó si trataban de penetrar su secreto, lo juzgaban contemporáneo de sus dioses; concediendo á estos á lo mas, alguna acción secundaria sobre la sustancia universal; el pueblo judío tenía una doctrina muy diversa, expresada desde el primer signo de sus Escrituras sagradas por esta asombrosa frase: « En el principio creó Dios el cielo y la tierra (1). » Aun cuando no hubiera poseído mas que esta sola frase doctrinal, hubiera sido mas rico en saber acerca de Dios, que todas las escuelas y las religiones de la antigüedad. En una palabra, el pueblo judío era el único pueblo antes de Jesucristo que tuviese una noticia clara de la divinidad, y que la rindiese un culto exento de los pueriles desvarios de la imaginación, y de las manchas de una voluptuosidad descocada. Me es, pues, permitido deducir, que así bajo el aspecto religioso, como bajo el aspecto social, la nación hebráica era el monumento mas considerable de los tiempos anteriores á Jesucristo.

Yo añado que Jesucristo era el alma de esta nación, y preexistía en ella por una vida que vamos á probar.

Cansado debiera yo estar, señores, de señalaros las particularidades del pueblo judío. Hay no obstante una que sobrepuja á todas las demás, y de la que nada os he dicho aun: hablo de la idea mesiánica que circulaba por las venas de este pueblo como su sangre mas pura, y sin la cual es imposible explicar su fe ni sus destinos. La idea mesiánica se componía de cuatro elementos. Bajo su influencia creía el pueblo judío en primer lugar, que el Dios uno y criador que él adoraba, llegaría á ser algun día el Dios de toda la tierra. Creía además que esta revolución la verificaría un solo hombre llamado el Mesías, el santo, el justo, el salvador, el deseado de las naciones. Creía que este hombre sería judío, de la tribu de Judá y de la casa de David. Creía en fin, que este hombre predestinado sufriría y moriría para llevar á cabo la obra de transformación que le había encargado la Providencia.

(1) Génesis, cap. 1, vers. 1.

Que tal fuese la ley del pueblo judío, fácil es saberlo por él mismo, puesto que está vivo y que á pesar de cuatro mil años de una esperanza que á sus ojos aun no se ha realizado, no ha cesado de rendir un imperturbable testimonio á la esperanza de sus abuelos. Pero no nos contentemos, señores, con su palabra presente; abramos los monumentos de su historia, y sigamos en ella los progresos de la idea mesiánica al través de las principales fases que marcan el desarrollo de la nación misma, tales como su nacimiento, su formación en cuerpo de pueblo, el punto de su madurez, su decadencia, su cautividad y su renacimiento al pie del segundo templo edificado por Zorobabel.

Henos aquí en los campos de Caldea con Abraham, donde vamos á oír la primera palabra, que fué como la semilla de la raza hebráica. Advertid, señores, que no se trata de saber si es verdadera esta palabra, y si fué Dios quien la dijo; se trata solo de probar la idea que tenía el pueblo judío de sí mismo en el mundo. Si se engañaba ó no en esta idea, es otra cuestión que juzgaremos mas adelante.

Dios, pues, según los monumentos hebráicos, dijo á Abraham: « Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré; y haré de tí una nación grande, y te bendeciré y haré tu nombre magnífico y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, maldeciré á los que te maldigan, y en tí serán bendecidas todas las naciones de la tierra (1). »

Así el pueblo judío vino al mundo, del mismo golpe y de una manera inseparable, dos mil años ántes de Jesucristo, y con el pueblo judío la idea mesiánica, la idea de que lleva en su seno una bendición que se derramará sobre todo el universo.

Abraham sale de la Caldea, y va á establecerse en la tierra prometida á su posteridad. Espera allí hasta una edad centenaria al hijo á quien debe transmitir la herencia mesiánica; dásele este hijo; y cuando el hijo ha llegado á toda la gracia de una feliz juventud, pide Dios al patriarca que se lo sacrifique en holocausto sobre una montaña misteriosa. El anciano, con una fe incontrastable en la sabiduría y la bondad de Dios, levanta la mano sobre su único y muy amado hijo, y oye esta segunda palabra mas fuerte y mas clara que la primera: « Lo he jurado por mí mismo, porque has hecho esto y no has perdonado á tu hijo único á causa de mí, yo te bendeciré, y

(1) Génesis, cap. 12, vers. 1, 2 y 3.